

¡Hija mía, cielo querido de mi cabeza cana!—

El llanto la ahoga. En vano procuro consolarla, disuadirla de su preocupación. Tiempo perdido.

—No te esfuerces, Dominguin, no es cosa hacendera sacarme de mis trece. Estoy segura de lo que te he dicho. Quiero probar la sonámbula. Y además, nada podemos ya esperar del médico. Con que, no me estorbes; ea, vete, á donde te plazca, á airearte y á divertirme... no estoy ya para alboradas... Voy á lavar un cuévano de ropa que me aguarda en la albeca, á ver si distraigo mis ideas golpeando de firme.

Salgo apesarado. Maquinalmente, inclinando al suelo la cabeza, hecho á andar obsesionado por las imágenes de la realidad que me turban como una pesadilla, y las de un porvenir, más doloroso aun, que ya preveo.

Llegado á la mitad de la calle de mar, me detengo porque veo acercarse al doctor Calvet y deseo que me dé noticias de la enferma. El bueno del hombre debe de tener alguna visita urgente. Avanza á toda prisa... Viene con las manos sumer-

gidas en los bolsillos del paletó, la verga debajo del brazo, el sombrero apoyado en la nuca. Son blancas sus cejas, sus pestañas; blancos sus cabellos y su cutis; en su larga faz, huesosa y estrecha, no ve uno más que blancura, salvo la tinta azulada que colora pálidamente las niñas de sus ojos y las venas que se ramifican en sus sienes. Avanza á toda prisa, y tan ensimismado que no me advierte hasta que me clavo en el suelo delante de él, á medio paso de distancia. Sobresaltado, se detiene, me examina brevemente con ojos de miope, y en seguida cierra los párpados; y entonces sí que su cara está enteramente blanca. Voy á hablarle, pero no me deja espacio. Sin abrir los ojos más que de trecho en trecho y aun á medias, dice así, de corrido:

—Ya se lo que vas á preguntarme. Se trata de tu amita, ¿verdad? de Jacobé. Está grave, grave, gravísima. Nada; te lo voy á decir en un santiamén. Tu, que has estudiado los clásicos griegos recordarás seguramente el caso de Ifigenia, hija del rey Agamenon, condenada á muerte para expiar una falta de su padre.

Pues aquí tienes un símbolo de gran realidad. ¿No me comprendes?... Je, je, je!... En la naturaleza pasa lo mismo, lo mismo que en el mito, con una exactitud asombrosa; los inocentes expian las faltas de los culpables; no se perdona una tilde; cada culpa ha de llevar su castigo, y lo que no pagó Juan lo satisface Galvan. Es gracioso, ¿verdad?... ¡Je, je, je...! Tal vez yo no padecería ronquera si mi bisabuelo no hubiese sido tan aficionado á mascar tabaco negro: ¿Qué le vamos á hacer? Es la ley; *fectamus genua*. Jacobé está bajo la cuchilla del gran sacrificador, un sacerdote implacable en el ejercicio de sus funciones sagradas. A ver quien es el guapo que detiene el golpe. Seria lo mismo que si uno quisiese despojarse de su grávida condición al rodar por el abismo... Je, je, je... Las orgías, las borracheras, las brutalidades de toda casta que los aserradores cometen, alguien ha de pagarlas. Es inútil que tiréis de mis faldones; señor doctor, señor doctor, salvadnos, venga un remedio... Ya es tarde. Os habéis saciado de venenos

durante años y años, y generaciones, y queréis que se os cure en el breve lapso de una enfermedad. Podéis ir aguardando los milagros. El lance de Ifigenia salvada por obra y gracia de un Dios, cuando estaba ya agachada en el ara, es la parte inverosímil de la leyenda, lo que no ocurre jamás. ¡Esperad sentados los milagros! ¡Je, je, je!... Nada, hazte cargo de que has perdido á tu amita. *Lasciate ogni speranza*.

Saca el reloj de su bolsillo, lo mantiene á frote de nariz para ver la hora, y exclama, echando á andar desafortadamente:

—Las dos y media, bah, bah, bah.—

Yo prosigo mi paseo, revolviendo las ideas trascendentales que el doctor Calvet acaba de revelarme entre cónicas risitas. ¿Será cierto que nuestros vicios más íntimos y secretos no afectan únicamente á nosotros; que ellos producen una trágica simiente que, de generación en generación, ha de entallecer en el espíritu de nuestros hijos? Esto es de una luz meridiana, y jamás en ello había parado mientes. ¡Oh, Dios mío, á todos nos contrasta oprimir

algún corazón, causar algún tormento á nuestros hermanos, y, no obstante, nos entregamos blandamente á ciertos excesos que en apariencia no dañan á tercero; ¡ay, si viésemos las lágrimas que harán verter!

Voy cavilando, cavilando, y marchando sin reposo. Sí, no hay duda; no puede darse un pensamiento, una volición que no imprima un cuño, una tendencia en nuestro organismo, tendencia que viene á informar nuestro ser y se transmite y perpetua en cierto modo. La caída de un grano de arena repercute en todo el universo... el primer hombre alienta en nosotros á través de los siglos. Hay que arrinconar esa invención de la moral universal que con facilidad dispensa todo aquello que manifestamente no dañe á un tercero... porque ¿existe un solo acto psicológico que sea indiferente para la humanidad?... Esa moral mezquina ni aún sirve para la vida de aquí bajo. Como siempre, Jesús lleva razón. Es preciso infiltrar el bien hasta las más ténues raicillas del alma; de lo contrario... Pero que in-

saciable anhelo de expiación palpita en la naturaleza! La ley de herencia extendiendo un río de dolor á través de las generaciones, un río que avanza indefinidamente; los pueblos primitivos despertando con una instintiva sed de sacrificio; las conciencias más delicadas hallando melancólica suavidad en la abnegación, en... Esto es un dedo que señala hacia allá, á lo infinito... Y cuando Jesús desciende á nuestra tiniebla, clava la cruz en medio de la corriente de nuestros dolores sin esperanza, y, heredero del hombre, expia todo lo que para nosotros hubiera sido inexpiable... No, no; uno no comprende estos misterios; pero siente su armonía, esplendor de la verdad... y la tierra y el cielo...

Vuelvo en mí de mis cavilaciones y hállome clavado en el suelo, hierático y con un brazo en alto, precisamente ante el taller de unas sastras que se están riendo de mí descaradamente. ¡Bonito aspecto ofrecería yo allí, de pie, accionando de fijo como un sonámbulo!.. Huyo avergonzado, tropezando con mis propias piernas y perseguido por la

zalagarda de aquellas mozas que chillan alborozadas y exclaman á voz en grito:—¿Llovizna, verdad? Váyase á la casuca.—

Después de un tropiezo semejante, no me atrevó á regresar por la misma calle. Veo que la mar está bravía; ha de presentar lindo aspecto desde el roquedal de la playa. Escojo, pues, el camino del torrente, que pasa junto á la casa de mi nodriza, y voy trepando por la montaña.

Jacobé está á la ventana. Inclina su cabeza sobre el guardatiestos de alambre, de donde escapan unos claveles y va siguiendo mi ascensión con la mirada. ¡Yo la había conocido tan bella! Me asalta una gran tristeza al verla tan abatida, tan demacrada. Ya no volverá á acompañarme en ningún asueto, ni se ocupará de mis azares. Es un cadáver que aun respira.

Me interno por el senderucho que ladea el acantilado de la costa. Es un caminito que serpentea junto al precipicio, y en algún punto resalta, como el releje de una cornisa en lo alto de muro giganteo. Quiebra los ánimos avanzar por allí. Se apodera

de uno algo así como una alarma latente que estalla de súbito y crece hasta el terror al experimentar la zozobra más insignificante. Una piedrecilla que rueda basta para causar un pánico. El murmullo zumbador de unas perdices que se levantan súbitamente hiela la sangre en las venas, y si las aves arremeten hacia el abismo, parece que nos arrastren el espíritu allí, despertando en nosotros un impulso de imitación tan vivo que uno se abismaría de fijo si no pudiese alcanzar un agarradero. Yo conozco el lance, y á fé que puse toda el alma en el apretón, aunque me apoyase en unos abrojos ó en unas pitas cuajadas de espinas. Cierro que el sendero ofrece grandes peligros, pero ello me conviene en estos instantes. Esfuérmome en dominar la sobreexcitación nerviosa y los vértigos; subo, desciendo, corro, salto, me arrastro, y el doble ejercicio de cuerpo y alma me reconforta poco á poco.

Por fin llego á un breve descanso situado en lo alto de una peña inminente que se prolonga mar adentro. La tarde está cubierta y sombría.

El cielo no puede tomar sesgo más desagradable. El viento crece. La música furente de la resaca se acentúa y dilata, á mis piés la oigo con vigoroso estrépito; de caverna en caverna, de playa en playa la siento rodar y repercutir en la costa, huyendo, apagándose, sonando á lo lejos como una agónica respiración que, casi imperceptible, desaparece ante el trueno del nuevo oleaje que sacude mi peñón. Infinitas veces escuché la voz de los mares, pero siempre me encanta oirla de nuevo.

Después del oído, prestan atención los ojos. Vóyme acercando al precipicio y acabo por inclinarme á su seno, apoyando el pecho contra un pino solitario que se levanta al borde del abismo. En esta situación descubro el despeñadero hasta lo más recóndito. Dos gaviotas vuelan más abajo de la tierra que piso. Ora se remontan, agrandándose, ocultando buen trecho de espacio con sus alazas blancas, ora se lanzan á la profundidad, se abisman, empequeñeciéndose hasta confundirse, como dos nuevos copos, con los albos co-

pos de las espumas, arrojados al aire por las rompientes. ¡Allá abajo, como se revuelven las aguas! Divierto los instantes procurando seguir el curso de una ola desde que empiezo á divisarla hasta que se deshace á mis plantas. Al principio no es más que una leve arrugá que apenas produce una pequeña sombra entre otras mil. Avanza paulatinamente, siempre en derechura á la costa; parece que no va á llegar jamás... y bórrase, y vuelve á aparecer, y gira, y aumenta y se agiganta... Ya es una balumba imponente, viva, agitada, que se hincha como un músculo enorme al concentrarse y acumularse; y á su alrededor el mar se vacía como si lo sorbieran. ¡Adelante! Su marcha resplandece de majestad y fiereza. Se acerca poco á poco, y al dar con la aspereza del primer banco de guijarros, detiéndose vacilando, se levanta y se adelgaza, mostrando el verde transparente de su seno de esmeralda; y ya bastantemente sublimada, se tuerce como una estampa de goma bajo el aliento de un niño, rompe su finísima cestería en torrente de plata, y se pre-

cipita de una vez en el suelo con ronca *zaparrada*, tropicando por doquiera, escalando las peñas y llenando el aire de borbotones. Y una ola viene en pos de otra, y el ruido, el movimiento, el combate, no cesan jamás, manteniendo vivo el interés con sus gradaciones sin fin. El espectáculo no fatiga jamás.

Abrazado cómodamente al pino que se ladea hacia el abismo, gozo un lapso de felicidad. Apodérase de mí ser un olvido de todo accidente. Al principio, saltan aun en mi cerebro algunas ideas. Se me ocurre que el mar es algo así como el corazón de nuestro planeta, el poderoso centro de circulación, ya que de él emergen las nubes que llevan por los aires los rocíos que refrescan la mañana, y las lluvias que alimentan los ríos; y los ríos son las arterias que devuelven continuamente al corazón lo que de él recibieran. Estos pensamientos me concentran por algún tiempo. Mas ya no pienso en nuevas cosas. Me entrego á los sentidos abiertos de par en par, me abandono á las percepciones, dejo que el universo se compenetre conmigo... Mi

alma se derrama al exterior; conviértese en la sensación de la inmensidad, el tacto de las hondas bellezas del paisaje... algo que flota en la ráfaga sonora, se extiende á lo largo de los silbidos del viento, y rueda envolviéndose en la sorda agitación del mar. Relaja mis músculos un blando reposo. Veo, siento, gozo. Cuando el agua refluye á mis pies, las rocas, zambulléndose á medias, levantan sus espaldas cubiertas de una alopecia de color de tártaro y me envían un aliento perfumado que me vigoriza. Me hallo en el ambiente más apropiado á mi vida, íntimo con la naturaleza amiga, y no tengo idea del tiempo que pasa.

De pronto me sacude un sobresalto inmotivado y la imágen de Jacobé aparece a mi mente con celeridad. Los latidos de mi corazón me agitan todo el ser. Me vuelvo... y allí está la misma Jacobé en carne y hueso, sentada en una peña bajo unas pitas. Debió de llegar hace un instante. Aún jadea de fatiga. Está distraída, el cuerpo inclinado hacia delante, la cabeza gacha y los bra-

zos echados sobre el regazo; las dos manos largas y secas cruzan los dedos encima de las rodillas. No oye mis pasos ni se da cuenta de mi presencia. La angustia de la fiebre se pinta en su rostro donde empieza á brillar el sudor. En sus párpados morados se transparentan las congestionadas venas, finas y coloradas como las líneas que gayan una flor de malva.

¿Qué hacer? Aquí de mis quebraderos de cabeza. ¿Como voy á devolverla á su casa por estos caminos de peligro? Si alguien me ayudase... Con el solo relampaguear de una mirada escruto el paisaje, buscando una esperanza, un auxilio... Mi visión no me adueña más que de unos negros peñascos, unos senderos pavorosos, el mar desierto, la tarde que agoniza...

He aquí una fatalidad de las que dejan al hombre sin acción, sin defensa. Nada puedo intentar; hay que cruzarse de brazos y cargarse de paciencia. Es lo que hago; aguardaré, y veremos. Jacobé es la primera en romper el silencio. Levanta la cabeza, me mira, procurando

fijar sus ojos inestables, y dice con una cordura que me sorprende: «Dominguín, amigo, buena pierna gozas. Te he seguido... no puedo resollar... Subías por el... por el... esto...; y he pensado:—¿A dónde irá éste tan solito por el senderucho de las cabras?» Y enseguida empieza á divagar: «Salía humo... Yo ¿sabes? volaba en pos de una gaviotona blanca; volaba, volaba sin cesar... Me siento muy... ¿sabes? agarrada muy de firme.»

—Cansada ¿verdad? Estás cansada ¿quién lo duda?

—Pues claro, hombre, no he de estarlo... Vuela por allí, por allá, encima de unos ribazos y otros ribazos... la...

—No charles, pobrecilla, reposa.

Me obedece. Calla un ratito, pero no puede sosegar. Está excitada. Su barbilla tiembla, y los nervios brujulean y saltan en sus párpados. Dentro de poco vuelve á hablar, arrastrando la lengua, con premioso balbuceo, sin dar jamás entonación á su palabra: «Mi madre es muy tacaña... La muy avara me oculta el vino... me encierra bajo llave y al-

daba, y la... la.» Se le escapa el hilo de la idea. Su vista se entenebrece como un punto de la noche del cual hubiese caído una estrella. Al cabo de un momento vuelve la luz á sus ojos y una sonrisa mueve sus labios relajados: «Sabes, me caso la semana próxima con Pancho Canyelles. Es viejo, pero arrogante, y está abarrotado de dinero. Ha pedido mi mano porque sabe que soy de sangre real... Han encargado las joyas á Barcelona... Mantilla negra... larga cola... arracadas de..... esto.... ¡Poquito embobado vas á quedar tú! ¡Ah, ah, ah! la cenicienta... Chinelas de cristal... vestidos de los peces de la...» y á media frase se detiene, con la boca abierta, y sus carnes se tiñen de un gris cadavérico. Se oprime el vientre como si padeciese en él vivos dolores, y no cesa de balancearse de medio cuerpo para arriba, en un ritmo interminable, lanzando unos gemidos que se parecen al balido del corderillo que acaba de nacer.

Yo permanezco inmóvil delante de ella con el semblante taciturno con que el Dante contemplaba á las al-

mas en pena, cuyos suplicios no podía aliviar.

Entretanto, el tiempo vuela. El sol va á ponerse. Y nada turba la soledad. Ni un pastor en las breñas; no se oye tintinear una esquila. Quizá si llamase acudiría alguién. Bueno es probarlo; me echo á gritar... Soledad inmensa. El viento aulla cada vez más. Los arbolillos se doblegan como las verdes espigas bajo un soberano chaparrón. Las retamas aplacan contra la peña sus ramillas dispersas que se agitan como unos dedos temblorosos. El fantástico roquedal chilla espantosamente á lo largo de la costa. No falta más que el chubasco.

Me doy cuenta de que me tocan. Es Jacobé. De pié á mi lado, me tira de la capa, diciendo: «Ven, Dominguí, vamos hacia casa...» Y antes de que pueda rehacerme de la sorpresa se desliza por una pendiente y gana el senderucho que se abre entre la peña y el precipicio. No tengo alma para seguirla, como no sea con una mirada en la que pongo todo mi espíritu. La infeliz demente avanza por el estrecho ca-

minillo sin apoyar solamente una mano, con la espalda del corpiño hinchada por el viento, y las faldas azotándola por detrás. Una media se le ha soltado y puede hacerla tropezar. Va caminando, caminando... La ráfaga le arranca el pañuelo de la cabeza que viene junto á mí á pegarse en unas zarzas. Se le ha deshecho el tocado y sus trenzas penden en amplias ondas de oro, ladeándose, recorriendo la cervíz y una mejilla hasta rasar la espalda. Va caminando... luego se detiene, se vuelve un poco y me hace señal de que la siga.

Expongo la vida, pero... no quiero vacilar. Voy á emprender la carrera y en aquel mismo instante veo que la muchacha, balanceándose, echa á correr hacia mí con aturdimiento y pavora. Más vale así. Viene á toda prisa, perdido el aliento, y apenas me alcanza me echa un brazo á la espalda, rodeando mi nuca, y apoyando en mí todo el cuerpo, inclinando el rostro hacia mi pecho, abandonando desmayadamente el otro brazo y enarcando las piernas como si sus fuerzas se extinguiesen.

Y la abrazo estrechamente y la digo con blanda voz:

—Pobre Jacobé, pobre amita, ¿qué te pasa? ¿Por qué te apartas de mi lado? ¿Dónde estarás mejor que á mi vera? Ya sabes que te quiero... que soy tu pequeñuelo...—Pero ella seguramente no está en disposición de comprenderme. Levanta su angustiada faz y moviendo con dificultad los labios, copiosamente mojados de saliva, balbucea una explicación con voz tan inarticulada y tanta palabra incoherente que aunque su frase conservara algún vislumbre de razón, quedara ininteligible. Habla de unos ruidos, de una clueca, de un miriñaque, de la chimenea de su vestido, de... ¿qué se yo?... de un terror que huye de la esfera de lo comprensible y que uno no sabe como desvanecer ó apaciguar. No obstante procuro infundirle ánimo.

—No temas, yo te defenderé. Vengan acá si se atreven;—grito—les aguardo á pie firme. ¡Ay si se ponen al alcance de mi zarpa!—Pero callo en seguida porque, ciertamente, este desafío en la soledad, en presencia de aquella víctima de una justi-

cia misteriosa, me horroriza á mi mismo.

Comprendo además que mis esfuerzos son infructuosos. Ella no me atiende, ni puede comprenderme. Hay que dejar que vaya reaccionando por sí sola. Y en efecto, poco á poco se normaliza, desata su brazo de mi cuello, y entonces yo la suelto con instintivo impulso de honestidad; mas no por ello la desamparo; voy siguiéndola, casi rozándola, y la insto sin tregua á que se siente. «Siéntate, pobrecilla, siéntate... Mira; aquí la hierba está espesa y muelle. ¿Prefieres aquella roca?... Es verdad, parece un poyo. Siéntate. ¿No quieres tampoco?... ¿Qué buscas pues?...» No me escucha. Va perneando sinuosamente, con planta insegura, al azar... Es preciso que me imponga. La cojo por la muñeca y á pesar de su resistencia la arrastro al paraje más apartado del abismo y la obligo á sentarse, quieras que no. Al principio, ella se indigna y se subleva. «Chapucero... chapucero...» me dice con voz abotargada. Pero al ver mi resolución, al oír mi tono imperioso, mi amenaza de atarla si se

mueve, baja la cabeza, cohibida, domeñada. Permanece en humilde reposo. Sus facciones toman el aspecto de la imbecilidad. Unas líneas babosas se deslizan de su boca, ruedan pecho abajo. Jaspean su cara manchas violáceas. Está horrible, pero ¡qué piedad me inspira! ¡Qué amargura siento por haberme visto obligado á ejercer violencia! Que al cabo, por monstruosa que ahora me aparezca, por más que la degraden todos los fermentos de las antiguas borracheras, yo quiero á esta alma desventurada, la quiero á pesar de todo, y hubiera querido conservar en ella hasta el último instante el amoroso trono que con tanta firmeza se me había erigido.

Suena un grito, dos gritos. Escucho atentamente... Sí, los gritos vienen de arriba, de la parte de tierra. Me dirijo algunos pasos hacia afuera hasta el extremo más saliente del repecho; quiero escrutar las alturas de la colina.

No me engañó la esperanza; en lo alto de una pequeña eminencia veo negrear la silueta de seis ó siete personas sobre el cielo gris. Me pongo

á gritar con todas mis fuerzas, y agito el pañuelo sobre mi cabeza. Me han oído... me han visto, se acercan. Reconozco á mi nodriza y á dos ó tres vecinos suyos. Seguramente nos buscaban. Pero ¿qué les ocurre?... Se detienen, se echan atrás con movimiento de horror... Vuelvo la mirada y desfallezco. Jacobé, aprovechando mi descuido, se ha sentado en el ángulo de la peña vertical; parece inminente su caída.

Está un poco inclinada, ladea su cara y me mira con solo un ojo, con la intención hipócrita de una picaza en acecho.

— Tócame, chapucero — balbucea con sorda voz. — Marcho á la... Habana. Ya me embarqué. Y veo que se escurre, que la hierba que su cuerpo había hundido, reaparece y se hincha trás ella... que la flotante hojaza de pita sobre la cual se prolongaban sus piernas, cede y se dobla. Corro para detener la caída, pero con mucha pena logro salvarme á mi mismo, aferrándome al pino solitario que me servía hace un instante de apoyo. Rueda el mundo á mi alrededor... A

mis pies el abismo extiende como en un bostezo su boca inmensa y tenebrosa. Y Jacobé rueda por ella espantosamente, choca contra unos brotes de encina que la despiden con rápido movimiento, y se sumerge en el vacío, abajo, muy abajo... Parece una flor arrastrada por el viento. Sus faldas y enaguas se acampanan á guisa de corola. Las sùtiles pierrecillas amarillean dentro, como estambres de un lirio... Entorno un momento los ojos y, cuando los abro nuevamente, distingo allá abajo, en el fondo, el cadáver inmóvil sobre una roca que una colorada alopecia reviste de pùrpura.

De pronto no advierto más que un gran dolor, una extenuación de todo mi ser, y aquel dejo de sombra y de silencio que la muerte, al pasar, infunde aún en la luz y los sonidos. Después van acudiendo lágrimas y remembranzas. Allá abajo, en aquel tùmulo rodeado por las aguas marinas, Jacobé me recuerda toda la poesía de sus bellos tiempos, como el perfume de violetas marchitas nos recuerda los encantos de la tarde de Abril en que las cogimos. Pienso

en sus candorosos amores, en su inocencia infantil, en su piedad para conmigo... y ¡héla muerta! El mar juega con sus trenzas doradas; los cangrejos, ya sin miedo, se encaraman por sus faldas, ¡madrecita mía! Y la noche va cayendo, cayendo, y acierto á sentir que sobre mi cabeza pasa un hálito sagrado. He allá el antiguo bloque druidico, el altar posesionado de su victima inmaculada, sangrienta, exánime. La naturaleza se cubre de tinieblas al contemplar su obra de destrucción. El trueno de la resaca surge como un canto funeral. Y no habría para mí consuelo si no imaginase hallarme en la cima del Calvario, y que el pino en que me abrazo es la Cruz de Jesucristo, en quien reposo de mi dolor y de todo lo que no comprendo.



LAS DAMISELAS DEL MAR